

RICHARD DAVY

Che Guevara: símbolo de la juventud politizada*

En innumerables habitaciones de estudiantes y oficinas en todo el mundo cuelgan de las paredes retratos de Che Guevara. Retratos de él pueden verse en Berlín, Nueva York, Tokio, Praga, Londres, Essex, y en muchos otros lugares. Él está en las habitaciones de fanáticos barbudos, de muchachas soñadoras, y de moderados académicos. Él se ha vuelto una figura de inspiración no solo para los que alientan activamente la revolución sino para muchos quienes suspiran vagamente por alguna especie de rejuvenecimiento dramático de la política, de la sociedad o de sus propias vidas.

Sus ideas fueron suficientes, su vida suficientemente misteriosa, su muerte tocada suficientemente con el heroísmo que encarna casi cualquier fantasía y refleja cualquier proyecto.

Él es el símbolo de la juventud política eterna. Él representa la atracción de la revolución.

Él también representa uno de los elementos esencialmente nuevos en la reciente ola de actividad estudiantil —la importación dentro de las avanzadas sociedades occidentales de técnicas y doctrinas revolucionarias desarrolladas en contextos diferentes, en la India colonial, en la América Latina o en la América del Sur.

Karl Marx ha vuelto a casa de nuevo rejuvenecido después de un viaje alrededor del mundo. Los regímenes de la Unión Soviética y de Europa Oriental que le rinden homenaje son considerados casi universalmente por la juventud radical como monstruosidades burocráticas reaccionarias, pero sus precoces ideas, su preocupación con enajenamiento, su creencia en la igualdad y la justicia, sus estructuras en cuan-

* Tomado de *RC*, La Habana, 1968; 12: agosto.

to a la propiedad privada aún están latentes en el corazón de los radicales jóvenes al igual que en la década de 1930. Sin embargo, cuando ellos piensan en él ellos tienden a pensar no en las puertas de las fábricas de Birmingham o de Essen sino en las selvas de Bolivia, de Vietnam, y en hombres íntegros en Pekín, y por supuesto en Cuba.

Este romanticismo puede que disminuya a medida que más y más movimientos estudiantiles comiencen conscientemente a galantear con los trabajadores, pero aún constituyen una fuerza sólida. Todas las lecciones de tiranías revolucionarias a través de la historia tienden a ser echadas a un lado. Como Jack Newfield señala en una minoría profética, un joven radical norteamericano de 22 años no recuerda el estalinismo o el aplastamiento de la revuelta húngara.

Él sí recuerda la Bahía de Cochinos y la intervención norteamericana en la República Dominicana. «Él ha visto que el anticomunismo va solamente unido al racismo, al militarismo y a la reacción en la América... él ha visto a los comunistas únicamente como víctimas, nunca como verdugos».

Sin embargo, hay muy poco contacto o simpatía entre los partidos comunistas tradicionales y los estudiantes radicales en Europa y en los Estados Unidos. En general, es únicamente en la América Latina, Japón, y en algunos de los países menos desarrollados que uno encuentra un nexo formal con el comunismo, y eso por lo general con un solo grupo de estudiantes activistas. El régimen de Alemania Oriental, después de una larga vacilación, ha tratado de abrazar el movimiento de protesta estudiantil de Alemania Occidental, pero no con mucho éxito. En Francia el partido comunista vaciló y luego trató de reemplazar a los estudiantes pero no de cooperar con ellos.

Generalizando los nuevos radicales jóvenes están impacientes con la organización, la disciplina y las obsesiones doctrinales del comunismo tradicional. Si ellos se vuelven hacia el Che Guevara es porque él significa la improvisación, la excitación, la revolución permanente, y la destrucción automática de la organización incipiente. Si ellos se identifican con la guerrilla boliviana es (según explican) porque ellos también están contra la estructura de poder agresivo e inmóvil hipotecado a los Estados Unidos y [están] abandonando a un proletariado pasivo.

Sobre todo ellos miran hacia Cuba. Ella es la meca hacia la que todo radical serio debe en algún momento hacer su peregrinación, es el lugar

que se menciona con más frecuencia como el ejemplo de un sistema existente que cuenta con la aprobación. Es vista como una sociedad que ha adoptado una revolución improvisada y permanente, que ha evitado la burocracia, y ha establecido la continua comunicación entre el líder y la masa. Y que se ha quitado el yugo del imperialismo norteamericano.

El hecho de que esté profundamente empeñada con la Unión Soviética no parece importar. En realidad, la forma en que se las ha agenciado pese a esto para mantener su independencia política y espiritual es de admirar.

La falta de libertad política no se toma muy en serio porque los que se oponen al régimen son únicamente los burgueses imperialistas. El bajo nivel de vida es quizás algo que apuntar en su haber porque confirma la razón más importante para admirar a Cuba, que es que está tratando de continuar con fervor revolucionario sin apelar a los instintos materialistas y adquisitivos. El doctor Castro espera con el tiempo acabar con el dinero y abolir el motivo corruptor de la ganancia. Para los revolucionarios europeos esto es de una pureza verdadera compartida solamente, en cierto aspecto, con China; la Unión Soviética y Europa Oriental ya se han vendido al materialismo. La marca del verdadero revolucionario es que aún tiene sus ilusiones, y Cuba las mantiene latentes.

Esta vanguardia de revolucionarios es muy pequeña en número pero generalmente se las arregla para no ser aislada o eliminada debido a la naturaleza amorfa, tolerante y desorganizada del movimiento de protesta en general.

Newfield ha tratado de definir la «nueva izquierda» en la política norteamericana: afirmación de comunidad, honestidad y libertad, y en su indiferencia hacia la ideología, la disciplina, la economía y a las formas políticas convencionales. Lo que es explícitamente nuevo acerca de la nueva izquierda es su mezcla ecuménica de tradiciones políticas que una vez fueron rivales a muerte en Rusia, España, Francia, y los Estados Unidos. Contiene dentro de ella elementos anárquicos, socialistas, existencialistas, nacionalistas negros, humanistas, trascendentalistas, bohemios y del populismo, misticismo.

Newfield detecta tres niveles en la nueva izquierda. En el primer nivel se encuentra la protesta política contra el establecimiento y contra la desigualdad de la vida norteamericana. En el segundo refleja la repulsión moral contra la corrupción de la sociedad —«los nuevos radicales

han hecho de la moral y la verdad la prueba de su movimiento»—. En el tercer nivel el movimiento es «una revuelta existente contra las maquinarias impersonales y remotas que no responden a las necesidades humanas».

La gente se siente «impotente e irreal bajo los instrumentos insensibles que controlan sus vidas».

Esta descripción podría ser aplicada indefinidamente a los movimientos estudiantiles en la mayoría de los países industrializados del mundo. Su protesta es en gran parte negativa. Esto no significa que sus valores sean negativos sino que son bastante claros acerca de a lo que ellos se oponen cerca de lo que desean en su lugar.

Un joven radical norteamericano nos dijo:

Toda una nueva sociedad tiene que ser construida. No sabemos qué clase de sociedad. La hallaremos a medida que avancemos. Por ejemplo, no nos metemos en las elecciones porque estamos interesados en un movimiento revolucionario a largo plazo... Queremos una sociedad sin trabajo donde las maquinarias hagan todo el trabajo y la gente no tenga que hacerlo... La información debe ser cambiada. No hay soluciones específicas. Debe haber más unidades, más pequeñas, orientadas en forma de comunidad, como la prensa clandestina... Se debe dejar de mostrar las vidas plásticas de las parejas de la clase media. Los suburbios son las tierras improductivas de la sociedad norteamericana.

Compare esto con un cartel pegado recientemente a la puerta principal de la Sorbona: «La revolución que está comenzando creará un problema no solo a la sociedad capitalista sino a la sociedad industrial. La sociedad de consumo debe perecer de muerte violenta. La sociedad de desunión debe desaparecer de la historia. Estamos inventando un mundo nuevo y original. La imaginación se ha apoderado del poder».

Los líderes estudiantiles del Japón no hablan mucho de la imaginación, pero hablan de la desunión como el problema principal, y exhortan a una revolución permanente. Y de igual modo se expresan los radicales británicos, los de Alemania Occidental y los italianos. Todos parecen compartir una esperanza de que alguna especie de democracia instantánea de participación devolverá el poder y la dignidad del individuo.

Las principales influencias intelectuales sobre los radicales intelectuales son los primeros escritores comunistas, incluyendo especialmente a

Rosa Luxemburgo en Alemania, Herbert Marcuse, Régis Debray (*¿Revolución en la Revolución?*, un folleto para los revolucionarios en la América Latina), y Frantz Fanon (quien escribió, *Piel negra, máscaras blancas*, y que estuvo activo en la Revolución Argelina).

En general los de Alemania Occidental son los filósofos más sistemáticos entre los estudiantes radicales. Su pensamiento está muy condicionado a los problemas específicamente alemanes, pero aún así la fertilización cruzada y la pertinencia más amplia son obvias. Ellos están sorprendentemente representados por el profesor Herbert Marcuse, un filósofo nacido en Alemania que enseña ahora en la Universidad de California. Dos de sus libros son muy leídos y citados en ambos extremos Atlántico. Ellos son *El hombre unidimensional* y un ensayo intitolado «Tolerancia represiva».

El primero es el más antiguo y más pesimista de los dos, y el profesor Marcuse así como también algunos de sus jóvenes lectores han comenzado a moverse más allá del mismo, pero su diagnóstico de la sociedad occidental moderna es aún ampliamente aceptado.

Marcuse alega que la sociedad moderna es básicamente totalitaria porque «el aparato productivo determina no solo las ocupaciones socialmente necesitadas, las destrezas y actitudes, sino también las necesidades y aspiraciones del individuo. Así arrasa con la oposición entre la existencia privada y pública, entre las necesidades individuales y sociales. La tecnología sirve para instituir formas nuevas, más eficaces y más agradables de control y cohesión social». Intentos para mejorar las condiciones de trabajo, embellecer las fábricas, ofrecer a los trabajadores un voto en la administración son todas en realidad técnicas justamente sutiles mediante las cuales la tiranía esconde la cara y adormece a sus víctimas en un sentido de «euforia en la desgracia».

La tecnología, dice Marcuse, no es neutral. «La tecnología de esa clase no puede ser aislada del uso al cual se pone; la sociedad tecnológica es un sistema de dominio que ya opera en el concepto y la construcción de técnicas».

Según Marcuse, la libertad económica significa la libertad de estar controlado por fuerzas y relaciones económicas, y libertad de la necesidad de ganarse la vida. La libertad política significa «liberación de los individuos de la política sobre la cual ellos no tienen un control efectivo». La libertad intelectual significa la reintegración del pensamiento

individual ahora absorbido por la comunicación de la masa y el adoctrinamiento.

Para lograr estas libertades, las formas tradicionales de protesta no son ahora útiles, en parte, debido a que las mismas son simplemente toleradas dentro del sistema, y en parte porque las masas han sido tan endrogadas y manejadas que no saben sus «necesidades verdaderas». Son esclavas sin saberlo. Por lo tanto, deben ser despertadas por la minoría culta, muchos como Régis Debray (otra influencia sobre los radicales) apelaron a las guerrillas de América Latina para que alertaran al campesinado acerca de su condición.

Una de las recomendaciones de Debray es la de asesinar a unos pocos policías para demostrar que la estructura del poder no es absoluta. Marcuse no es tan específico pero en «Tolerancia represiva» él claramente respalda la violencia —«creo que hay un “derecho natural” de resistencia para las minorías oprimidas y subyugadas en cuanto a emplear medios ilegales si los legales demuestran ser inadecuados. Si usan la violencia ellas no están iniciando una nueva cadena de violencia sino tratando de romper la establecida».

Marcuse es lo bastante franco como para decir que «la tolerancia liberada, entonces, significaría intolerancia contra los movimientos de derecha, y tolerancia de los movimientos de izquierda».

Esta racionalización de violencia atrae a muchos radicales jóvenes. Y lo mismo sucede con su concepción de tolerancia como un instrumento de represión. El miedo de los revolucionarios jóvenes va siendo tolerado. Ellos desean la confrontación, no la aceptación. Algunos radicales norteamericanos preferirían al gobernador Ronald Reagan o a George Wallace como presidente en lugar del senador Robert Kennedy, quien puede quitarles su apoyo aplacando a los reformistas y aislando a los revolucionarios.

La tolerancia y las concesiones conllevan muerte y desorden. Un comentarista ya escribe: «Hay señales de que la clase media disfruta siendo azotada por los nuevos radicales [...] es difícil contener la ira si usted está obteniendo \$2 000 para volcarlo en la televisión».

En el proyecto de cosas de Marcuse hay un lugar especial para los estudiantes debido a que ellos son casi los únicos adultos no absorbidos en la esfera de la productividad. Por lo tanto, ellos tienen una oportunidad especial de formar la élite culta que solo puede definir las necesidades «verdaderas y falsas» y decidir quién ha de ser tolerado. Esta élite

consiste en «todo aquel que haya aprendido a pensar racionalmente y de una forma autónoma... En realidad esta sería un número pequeño, y no necesariamente la de los representantes elegidos por el pueblo».

El papel de esta élite es bastante diferente del de la vanguardia revolucionaria en el comunismo tradicional. No es una máquina para organizar y dirigir un levantamiento de masa de trabajadores explotados. Ya no es posible porque los trabajadores no son explotados —o no saben que lo son— y así se han convertido en defensores del *status quo*. Los únicos aliados inmediatos de la élite son aquellos quienes saben que son explotados, como los negros, el mismo pobre y los estudiantes. El papel de la élite es por lo tanto el de agitar y provocar al sistema hasta que este revele su verdadera naturaleza represiva y totalitaria, generalmente desatando a la policía. Esto por lo tanto hará que cada vez sean más las personas que despierten a la realidad y vean que ellos están siendo engañados y manejados, así que con el tiempo se producirá una revolución espontánea.

Esta es la justificación filosófica para provocar deliberadamente a la policía, y muchos radicales se han sorprendido y se han sentido regocijados al ver la forma en que la autoridad ha caído en la trampa y ha hecho exactamente lo que se esperaba que hiciera. No obstante hay un elemento obviamente totalitario en el propio pensamiento de Marcuse, y que él alega que una pequeña élite tiene el derecho de decidir a quién se va a tolerar, y de decirle a la mayoría de las personas que ellas realmente no desean lo que piensan que desean y que sus vidas deben ser desbaratadas hasta que ellas despierten.

En este punto vale la pena mencionar la perplejidad con que contemplan todo esto los estudiantes de Europa Oriental y de la Unión Soviética. Se admite que hay algunos que estarían de acuerdo con los radicales de Europa Occidental. Por ejemplo, en Polonia, hay grupos de estudiantes prochinos, y hace unos pocos años dos miembros de la Universidad de Varsovia fueron encarcelados por abogar por salvar la revolución teniendo otra revolución. Pero la mayoría probablemente pensaba que las ideas de Rudi Dutschke eran «cómicamente», «absurdas» y dignas de ser rechazadas por uno de 15 años. Ellos han visto cómo han fracasado los intentos de dirigir un país sin el motivo de utilidad o los valores de los artículos de consumo. Ellos han perdido fundamentalmente el interés en la ideología y en la revolución.

A diferencia de sus contrapartes occidentales, ellos no han entrado en la etapa de dar por sentado las cosas materiales de la vida. Para ellos lo que es irreal no es el comercial de la televisión sino el eslogan político. Ellos quieren algo que funcione y probablemente muchos estarían dispuestos a cambiar mucho de lo que tienen por algo (no todo) de lo que Rudi Dutschke está tratando de destruir. No obstante, ellos comparten con los estudiantes occidentales un presentimiento de que están siendo manejados por concentraciones de poder incontrolables (políticas o comerciales) y gobernados por una generación distante que está aprisionada en la mitología inaplicable de la Guerra Fría.

(De *The Time*, Londres, mayo de 1968).